

LA GUERRA EN EL MERCANTILISMO FRANCÉS

P^or

Francisco GONZALEZ Furio
Capitán de Fragata AB
Armada de Chile

SIGNIFICACION HISTORICA DEL MERCANTILISMO



EL ESTUDIO de las relaciones entre la guerra y la economía no surgió en toda su importancia hasta la época del mercantilismo. Es evidente que antes del nacimiento de la ciencia económica esta conexión no podía ser objeto de profundas reflexiones. La Edad Media aún más que la Edad Antigua, no fue extraña a las especulaciones económicas, e incluso en el siglo XIII se desarrollaron con cierto vigor, si bien no pasaron de ser corolarios de la teología moral. La estructura feudal de la sociedad y la influencia predominante de la teología, no permitían la creación de una ciencia económica con carácter autónomo. La Edad Media, por consiguiente, no produjo economistas propiamente dichos. Debemos entonces considerar el mercantilismo como la primera corriente del pensamiento propiamente económico.

El mercantilismo no es un sistema de economía política propiamente dicho. No es una doctrina rígida y coherente, sino más bien un conjunto de ideas teóricas y de preceptos prácticos, conjunto constituido y desarrollado desde 1450 a 1750, entre la economía feudal y fisiocrática. El mercantilismo es pues, más que nada, una época en la historia de la política económica que separa a la Edad Media del momento en el cual comenzaron a predominar las tendencias liberales. Es esta la razón por la cual los mercantilistas trataron más de política económica que de economía política.

El fin fundamental del mercantilismo es la formación económica del Estado unificado y la consolidación del Poder Central. En cambio, el liberalismo del siglo XVIII colocó en primer plano el interés individual del hombre en sus relaciones con el de la colectividad. El mercantilismo señala el comienzo de la concepción nacional de la economía política; concepción moderna, en franca oposición con la tradición de la Edad Media, en la cual no había lugar para la existencia de un Estado nacional. El interés del hombre medieval estaba limitado a la comunidad a la cual pertenecía: a su pueblo natal; la noción de patria, en el sentido moderno, le era extraña.

El desarrollo de las tendencias nacionalistas al comienzo de la Edad Moderna, las rivalidades nacionales más o menos encadenadas, los descubrimientos de nuevas tierras y la lucha por la posesión de los tesoros del Nuevo Mundo, todos estos factores fueron, en los siglos XVI al XVIII muy favorables al desenvolvimiento de un sistema nuevo. De este sistema, denominado "mercantilista" por sus sucesores, no se encuentran más que manifestaciones determinadas antes del siglo XVI.

Por su misma esencia, el mercantilismo es un movimiento de unificación nacional tiene por misión erigir en comunidad nacional a los habitantes de un territorio dado. Al mismo tiempo, es un poderoso factor de centralización en beneficio del poder real. La política y la economía están

tan íntimamente unidas en el mercantilismo que sería vano intentar disociarlas.

El mercantilismo es la expresión económica del nacionalismo naciente. Su aparición coincide con el despertar del sentimiento de unidad nacional, al que estimula poderosamente.

Se pueden enjuiciar de muy diversos modos las concepciones teóricas y las realizaciones prácticas del mercantilismo; pero sería inexacto ver sólo en él un conjunto de doctrinas erróneas o una falsa política económica, como pretendían sus críticos liberales. Pese a sus errores y a los abusos a que ha dado lugar, ha ayudado a nuestra civilización a recorrer una etapa decisiva: la que conduce desde la economía regional a la economía nacional.

Se pueden, por un análisis comparado, determinar las ideas que todos los mercantilistas comparten con más o menos persistencia y fidelidad. Los elementos doctrinales que les son comunes son los siguientes:

- 1°—El enriquecimiento de las naciones se consigue esencialmente por la acumulación de metales preciosos a través del mecanismo de una balanza comercial favorable.
- 2°—El comercio exterior es superior al comercio interior; la industria, a toda otra actividad económica.
- 3°—La política económica del Estado debe tender, en la medida de lo posible, a emancipar a la nación de toda dependencia del extranjero.
- 4°—El número y la densidad de la población son factores esenciales de la riqueza y del poderío nacional.
- 5°—La intervención del Estado en la vida económica es justa y necesaria.
- 6°—Los intereses económicos de las naciones son necesariamente antagónicos.

Importancia del factor guerra en el mercantilismo francés

En conjunto, la política económica de Francia puede calificarse, desde el siglo XVI, como netamente mercantilista. La finalidad de la misma fue incrementar los stocks de metales preciosos a través de una serie de medidas monetarias y de una estricta reglamentación estatal de la industria y del comercio.

Los autores franceses pertenecientes a esta tendencia, que han abordado el estudio de cuestiones económicas, son numerosos ya desde la segunda mitad del siglo XVI, y sus publicaciones se multiplican rápidamente en el transcurso del siglo siguiente.

Bodino

El lugar que ocupa Jean Bodino en la literatura política y social del Renacimiento francés es, en verdad, uno de los más destacados.

La teoría de Bodino sobre la soberanía se basa en el principio monárquico; está destinada a reforzar el poder real. Este comprende que un doble peligro amenaza a su patria: la servidumbre al poder de Roma o a la Casa de Austria.

Saber si Bodino es un mercantilista o un precursor de los liberales es cuestión aún debatida. Las opiniones de los autores son muy divergentes a este respecto. El problema se complica aún más por el hecho de que Bodino no conserva siempre la misma posición y sus escritos presentan contradicciones grandes.

En su "Respuesta", Bodino se manifiesta como enemigo de la guerra y rechaza la idea de aislacionismo económico que, comprometiendo las relaciones comerciales entre los pueblos, conduce inexorablemente a conflictos armados. El comercio es, según Bodino en su "Respuesta", un excelente medio para crear entre los pueblos la amistad y la paz.

Considera que el comercio internacional es ventajoso para todas las naciones que participan en el intercambio y cree que es imposible que las naciones se independicen económicamente unas de otras, y dijo: "Tenemos necesidad de los extranjeros y no podríamos pasar sin ellos".

Sin embargo, en 1576 Bodino escribió "La República", obra que lo hizo célebre, inspirada en el deseo de remediar el desorden, la miseria y la debilidad de Francia. Allí desarrolla ideas netamente contrarias a las que mantuvo en su "Respuesta" y se observa una revisión completa de sus principios convenientes a las relaciones económicas internacionales. Preconiza un sistema económico y financiero basado en la libre importación de artículos alimenticios y materias primas, a la par que exige por unos elevadísimos derechos

arancelarios para los productos industriales importados, unido a una prohibición terminante de exportar cereales y materias primas. Propone gravar con impuestos las mercaderías que se exporten y que los extranjeros puedan necesitar.

En el capítulo V de su libro "La República" titulado "Si es bueno armar y aguerrir a los súbditos, fortificar las poblaciones y alentar la guerra", Bodino destaca las ventajas de la paz y los inconvenientes de la guerra, pero opta por esta última. Es la inquietud por la defensa nacional la que lo mueve a esta elección y justificando la guerra, dice: "Si la defensa de la vida y la persecución de los ladrones es derecho divino, natural y humano, consecuentemente es necesario ejercitar a los súbditos, tanto en la guerra ofensiva como defensiva, para proteger a los buenos y perseguir a los malos. Si es justo vengarse de ladrones y salteadores nacionales, ¿no es, por tanto, legítimo hacer la guerra a los bandoleros extranjeros?" De conformidad con este párrafo se podría sostener que Bodino no acepta más que la guerra defensiva o "guerra justa". Mas esto sería falsear su opinión. La forma precisa y franca con que se pronuncia sobre esta materia se advierte cuando añade: "Hay otras consideraciones particulares, además del derecho de castigar a los bergantes extranjeros, a saber: el mejor medio de conservar un* Estado y de garantizarlo de rebeliones y guerras civiles es mantener a los súbditos en buena armonía y tener un enemigo contra el cual puedan luchar".

La guerra civil, continúa Bodino, "es el veneno que puede herir a los imperios y a las repúblicas mortalmente, que de otro modo serían eternos. Toda medida que evite la guerra civil es buena y está justificada". El Senado romano fue tan lejos en este aspecto, que alargaba las guerras y forjaba enemigos, si, no los había, para preservarse de las guerras civiles.

A juicio de Bodino, no hay otro medio para limpiar las repúblicas de asesinos, vagabundos, agitadores, ladrones y criminales de derecho común o político, que enviarles a la guerra.

La guerra, según Bodino, puede ser una fuente de ingresos para el estado. Habiendo citado como fuente principal de los ingresos los dominios estatales, dice que el segundo medio de acrecentar los ingresos es por conquistas al enemigo, a fin de

rehacer el tesoro agotado o debilitado por la guerra.

El lector habra notado que es el espectro de la guerra civil el que atemoriza al autor de "La República", y el que le dicta toda su teoría belicista. Parte del punto de vista de que es mucho más fácil prevenir las sediciones que aplastarlas. Se da perfecta cuenta de que la causa primordial de los levantamientos es la desigualdad económica y política. La primera más aun que la segunda. A pesar de-todo, cree prevenir este peligro suscitando conflictos exteriores, cuya necesidad le parece aún más inevitable a medida que el estado se aproxima a un régimen de gobierno que hoy podríamos calificar de democrático.

Montchretien

El representante más brillante y genuino del mercantilismo francés es Monchrétien. Si bien en las obras de casi todos los mercantilistas la preocupación política domina sobre la economía, en ningún autor como en éste es tan visible dicho predominio, la economía es para él inseparable de la política. En su "Tratado" propugna no solamente la prosperidad económica de Francia en grado superlativo, sino su gloria militar y grandeza territorial.

La teoría según la cual una nación debe bastarse a sí misma ha encontrado en Monchrétien un partidario ferviente y convencido. Es el primer autor francés que expone netamente la idea de la autarquía económica, es decir, la idea de un estado que vive para sí y por sí mismo.

Esta tendencia llevo a Montchretien a un odio tal al extranjero, que nos fuerza a considerarle. Desarrolla todo un sistema de xenofobia basado en el principio siguiente: "No se podrá nunca considerar razonable, ni por derecho ni por costumbre, que los extranjeros sean iguales en privilegio y puedan disfrutar de todas las ventajas de los ciudadanos".

En sus consideraciones sobre la guerra, Montchretien sigue muy de cerca los razonamientos de Bodino. El origen de sus ideas belicosas es el temor de la guerra civil, que desnaturaliza más que cualquier otra cosa a los hombres. Para él, "las revoluciones nacen de la pobreza extrema de unos y de la riqueza excesiva de otros" De aqu que su programa económico tien-

da a asegurar el trabajo y el pan de cada francés y a suprimir de este modo los extremos demasiado peligrosos. "Es preciso que desaparezca, por todos los medios posibles, el ocio, madre de todos los vicios y peste fatal para los estados ricos y florecientes".

Se lamenta profundamente de que Francia no esté equipada para la guerra marítima y para las conquistas coloniales. Se pregunta cómo es posible que Francia no haya querido "participar en tantas conquistas tan fáciles, que nos están legítimamente debidas, tantas nuevas salidas para el comercio, que son más cómodas y más útiles que ninguna otra".

Para ponerse a la altura del extranjero, solicita al rey preste su atención a la marina, "que es la más bella cosa del mundo y la más venturosa. Ha sido practicada por las naciones que han querido adquirir representación guerrera, no sólo en nuestro tiempo, sino en los tiempos antiguos".

Es interesante conocer la huella que las obras de Bodino y Montchrétien dejaron en la concepción que el cardenal Richelieu tiene sobre la guerra, necesidad histórica de la que con frecuencia se puede extraer provecho: "A juicio de los más sensatos, la guerra es a veces un mal inevitable. Pero otros encuentran que, siendo como es absolutamente necesaria, los estados pueden extraer ventajas de ella, e incluso puede servir en ciertas épocas para purgar los malos humores de los mismos, o para recobrar lo que nos pertenece y vengar una injuria que, si la dejásemos impune, acarrearía otra; para garantizar la independencia de nuestros aliados; para sujetar el orgullo de un conquistador; para prevenir los males que aparentemente nos amenazan, y lo que no se puede ejecutar de otra forma, en fin, por otros accidentes diversos".

Colbert

La obra del gran ministro de Luis XIV no supone una aportación original a la historia de las ideas económicas. Colbert interesa como el hombre de estado que, mejor que ningún otro, puso en práctica las ideas mercantilistas de su tiempo. Marca el apogeo del mercantilismo.

El fin que persigue con su política económica —asegurar a Francia las riquezas indispensables para el establecimiento y

conservación de su predominio en Europa— es más político que económico. Sólo el comercio exterior podía, según él, proveer estas riquezas, porque es el único "capaz de crear abundancia en los súbditos y, en consecuencia, la satisfacción de los príncipes". Tratar de lograr la hegemonía francesa sería la única preocupación de su vida.

Colbert reglamenta el comercio y la industria para alentar a las exportaciones francesas y asegurar en detrimento de Holanda y de otras naciones europeas, su supremacía en el mercado mundial. La intervención del estado en la vida económica impone a cada industria una organización paramilitar, a fin de alcanzar la autarquía. Con la prosecución de esta política se trata de obtener una balanza comercial favorable, ya que la cantidad de metales preciosos en poder de cada estado es el exponente de su poder político. "Creo —dijo Colbert en 1664— que se estará de acuerdo fácilmente con el siguiente principio: que no hay como la abundancia de dinero en un estado para conocer de su grandeza y poderío".

El ideal de Colbert sería lograr para la nación francesa tanto oro y plata como fueran precisos para dominar a todos sus rivales. Imbuido de un espíritu belicista, no se ocupa del comercio sino en tanto vale para poner las fuerzas económicas del país al servicio de la política guerrera de Luis XIV. Por ello prestó, pues, una particular atención a la navegación y a las industrias de carácter militar. Se organizaron éstas, durante su administración, con un método de eficacia desconocida hasta la época.

Cree que el poder del estado crece en relación directa con la expansión de su comercio, y éste condiciona, a su vez, el poderío militar. Es ésta una verdad extensible a todas las fuerzas armadas en general y particularmente a la Marina de Guerra. "Es cierto —dice Colbert— que las fuerzas marítimas de un estado son siempre proporcionales a la de su comercio".

En aquella época era Holanda la nación comercial mas fuerte del mundo. Colbert en todos sus informes dirigidos al rey, presenta la ruina del comercio holandés como una necesidad ineludible, ya que "los franceses no podrán aumentar su comercio si previamente no aplastan al de los holandeses". En esta frase se resume el espíritu mercantilista, que asigna como meta a la

lucha económica, no solo la destrucción total de algunas naciones, sino la de todos los pueblos extranjeros.

Esta concepción belicosa del comercio, junto con la concepción de que es imposible a una nación enriquecerse sin arruinar a las otras, puede parecer extraña hoy en día; mas en parte se explica por el estado poco desarrollado del comercio internacional en aquella época.

Se puede deducir que si varias potencias tuvieran este mismo concepto del comercio, la guerra económica universal, conduciría inexorablemente a incesantes conflictos militares. Pero esta tesis sobre el comercio no es sólo peculiar de Colbert, sino común a todos los autores de su época.

Vauban

Por extraño que parezca, el mariscal Vauban, miembro de la Academia de Ciencias, adoptó todas las ideas de Colbert e hizo suyos los principios más importantes del sistema mercantilista.

"El comercio extranjero —dice— no debe permitirse más que para las mercaderías necesarias a la vida, al vestido, a la medicina y a ciertas manufacturas cuyos materiales no se encuentran en nuestro país, a menos que se haga como los holandeses, que no van a buscar las cosas inútiles fuera de su patria, sino para revenderlas al extranjero. Deberá ser prohibido el comercio de las mercaderías que sólo atiendan al lujo y a la moda, ya que éstas hacen salir del reino más dinero del que nos traen; más, aquellas otras que nos puedan proporcionar dinero, todo cuidado para buscarlas es poco".

La colaboración pacífica y mutuamente provechosa entre los países es una concepción extraña a Vauban. Su exclusivismo respecto al extranjero es de la misma hechura que el pie Colbert. Saturado de las ideas mercantilistas, no admite la existencia de la solidaridad internacional de los pueblos. Como Colbert, está convencido de que Francia sólo podrá enriquecerse por la ruina de sus más importantes adversarios. La guerra de exterminación contra Inglaterra y Holanda le parece, en efecto,

constituir la condición "sine qua non de la prosperidad económica de su país. Holanda, y sobre todo Inglaterra, son muy peligrosas, ya que disponen de enormes tesoros metálicos, fruto de su comercio exterior y marítimo. De ahí viene, según Vauban, "todo el mal que sufrimos, y este mal es el que hemos de combatir y contra el que hay que emplear toda la fuerza y habilidad posible, pero de una manera inteligente y capaz de llevarse a cabo". No hay más que un medio eficaz de destruir al enemigo: arruinar su comercio marítimo. Francia no podrá conseguirlo a través de su ejército y de su flota de guerra, desgraciadamente muy débiles.

"No puede realizarse, por tanto, sugiere el mariscal, más que por el desarrollo del corso, que es una guerra marítima sutil y furtiva, cuyos golpes son más temibles para ellos (ingleses y holandeses) porque les hiere en sus puntos neurálgicos, lo que es infinitamente más ventajoso, puesto que, por un lado, es imposible que puedan evitar la ruina de su comercio, a no ser con gastos inmensos, que los agotarían, sin, no obstante, poder poner remedio a ello, y sin que, por otra parte, puedan infligirnos parecidos daños, ya que nuestro comercio con el extranjero es muy escaso o casi nulo, y sería adecuado, incluso, abandonarlo, por cierto tiempo, para facilitar la guerra de corso; la utilidad que puede venir de este comercio no es nada, comparada a la que nos puede venir del corso, que hay que incrementar, por todos los medios, en tanto que la guerra dure".

La despoblación de Francia era motivo de gran preocupación para Vauban. La consideraba el gran desastre nacional, ya que, a causa de ella, el reclutamiento se hacía cada vez más difícil. Francia debería, pues, proseguir una política económica que favoreciera el aumento de la natalidad. Las reformas propuestas por el mariscal tenían como fin lograr el deseado aumento de la población. En estas reformas, los fines militares ocupaban un lugar importantísimo, mucho mayor que el comunmente admitido.

(Condensado de "La guerra en el Pensamiento Económico" de Edmund Silberner)